

se juraba amarla toda la vida, y, ó casarse con ella ó no casarse jamás con ninguna mujer.

Pero, tímido y orgulloso á la par, no arriesgó ninguna declaracion; ni ¿para qué? en vano la condesa habia hecho notar á su pupila que el jóven médico la amaba.

Carlota se habia encogido de hombros con un frio desden, y habia respondido solamente estas palabras:

—Es pobre.

—Con él serias muy dichosa, sin embargo, observó Luisa.

—Pienso serlo más con el general, madrina mia, respondió la obstinada niña.

—¿Pero y el amor?

—Yo no amo á Antonio.

—¿Y si llega un día que ames á otro?

Carlota meció riendo su bella cabeza.

Así se hallaban las cosas, cuando llegó el baron de Riosanto.

El general se hallaba en Madrid, donde habia ido á comprar las galas para su hermosa prometida.

IX.

Al dia siguiente por la tarde, un elegante cupé deo al baron junto á la verja de la quinta:

aquel subió las escaleras del peristilo, y se halló en el salon que ya conocemos.

Allí estaban la condesa y Carlota, ocupadas en sacar de un gran cajon algunos vestidos que el general acababa de enviar, y que habian confeccionado las mejores modistas de Paris.

—Bien llegado, mi querido Mauricio, dijo Luisa alargándole la mano; soy contigo al instante: Carlota acabará de arreglar esto cuando se haya extasiado bastante delante de sus lindas galas.

—¿Galas que sin duda remite el general, no es verdad, señorita? preguntó el baron.

—Sí señor, repuso Carlota: y en su blanco rostro se encendió la llama de un rubor doloroso, á la vez que su corazon palpitaba de un modo para ella desconocido.

—Salgamos para disfrutar de la puesta del sol, dijo la condesa; y piensa, amigo mio, en que estoy impaciente por escuchar tu narracion, que me interesa más de lo que pudiera expresarte.

Luisa y Riosanto salieron del salon. Carlota dejó caer la seda y los encajes que tenia en las manos; siguió con los ojos aquella bella pareja del gran mundo que ella no conocia todavía; y cuando hubieron desaparecido, alzó los ojos al cielo que se veia á través de las ventanas abiertas del salon.

—¡Qué es lo que pasa por mí, Dios mio! mur-

muró: ¿por qué me causa tan extraña, tan viva agitación la vista de ese hombre? En toda la noche he podido dormir pensando en él... si me dormía, su imagen flotaba delante de mis ojos... en vano quería distraerme pensando en el general, que es tan bueno y tan complaciente... en mi brillante boda que tanto he deseado... ahora la certidumbre de casarme, traspasa de pena mi corazón... ¿qué es lo que pasa por mí?

Carlota dejó caer el rostro entre sus dos manos unidas, y permaneció así algunos minutos; gruesas lágrimas, deslizándose de entre sus dedos, cayeron sobre el traje nupcial de raso blanco, que se extendía deslumbrante de riqueza sobre sus rodillas... lloraba sin darse cuenta á sí misma.

Levantóse despues de algunos instantes y exclamó:

—Voy á escuchar el resto de su historia; ayer oculta entre el bosquecillo de lilas y rosales, la escuché, y acaso el haberle oído ha despertado en mí tan extraños y nuevos pensamientos... acaso el escucharle hoy me calmará... ¿quién sabe? ¡es tan extraña y tan poderosa la influencia que en mí ejerce ese hombre!

Y Carlota dejó sobre un sofá que tenia cercano el traje que poco antes estaba examinando, y desapareció del salon.

Cuando llegó á su escondite, situado á la espalda de un bosquecito donde se hallaba la

escalera que daba paso al peristilo, la condesa y el baron empezaban á saborear el aromático té.

—Habla, Mauricio, dijo Luisa con aquella voz encantadora cuyo timbre dulce y puro no habian alterado los años; habla ¡te escucho con el alma!

El baron tomó una mano de su amiga y la llevó á sus labios con un movimiento de gratitud, que no obstante arrancó á Carlota un doloroso suspiro.

—“Empiezo dijo Mauricio, recordándote que me asusté despues de haber visto apagar la luz del cuarto de Amelia, pensando con angustia en las palabras pronunciadas por mi prima Julia; palabras en las que tan duramente se juzgaban el corazón y los sentimientos de aquella jóven.

¿Seria exacto aquel severo juicio?

Acaso sí, y acaso tambien podia ser muy infundado.

Me dediqué á ser la sombra de Amelia y á espiar todos sus pasos; siempre preparado para salir, así que la veia en la calle, tomaba el sombrero y corria en su seguimiento.

Ella notó esta persecucion; era muy visible, y su perspicacia en extremo delicada para que se la escapase; pero con gran pesar de parte mia, fingia no advertirlo y jamás fijaba en mí sus ojos.

Esta no es la conducta de una coqueta, me

decía yo; ó la soy del todo indiferente, ó esta mujer es un ángel de virtud.

Todas las tardes, poco antes de anoecer, salía mi vecina; entraba en un lujoso almacén de bordados de la calle de Espoz y Mina, y depositaba sobre el mostrador un paquetito envuelto en un papel fino.

La segunda vez que la seguí, ví por entre los cristales que de aquel paquete salía un pañuelo de batista primorosamente bordado.

En cambio dieron á Amelia una moneda de plata.

Todo lo comprendí, y una lágrima acudió á mis ojos; la pobre jóven bordaba; vivía de un trabajo penoso y mal retribuido.

¡Y yo hubiera querido colocarla en un trono!

Muchas tardes la seguí; con frío ó lluvia, salía siempre á dejar su labor y á cobrarla, con el modesto orgullo de la desgracia digna y honrada.

Como volvía á su casa ya entrada la noche, todas las tardes la seguía algún importuno; pero su actitud digna y tranquila los alejaba.

Un día, al llegar al portal de su casa, se volvió y me dijo:

—Buenas noches, caballero.

Yo me incliné trémulo y cortado.

—Suba Vd., añadió ella.

—¡Como! Vd. quiere... murmuré sin saber lo que decía.

—Que suba Vd.; presumo que tiene algo que decirme, y arriba puede hacerlo.

Yo la seguí sin atreverme á ofrecerle el brazo; llegamos al piso que ocupaba, y llamé, abriendo enseguida la criada.

No bien me hallé en aquella morada, llegó hasta mí no sé qué perfume de frescura, de elegancia y de juventud.

Una salita cuadrada y amueblada con una sillería de tapicería verde y con una mesa oscura que sostenía un espejo, daba paso á un lindo gabinete, sencilla y modestamente amueblado, pero en que se advertía una armonía y una gracia incomparables.

Á pesar de ser muy fría la estación, había sobre la chimenea dos copas llenas de flores y de yerbas aromáticas.

Un reloj de bronce oscuro, bajo su fanal, dejaba oír el rumor de su péndulo en el centro de la misma chimenea.

Una lámpara de flores pendía del techo, y á cada lado de la puerta se hallaban colocados respectivamente dos muebles de comodidad y á la vez elegantes: eran el uno una cómoda que sostenía un armario para libros, y un armario cuya puerta era un espejo.

Dos sillones modestos y cómodos, forrados de guttapercha oscura; cortinas blancas, cogidas con lazos de cinta en el balcón, y algunos cuadros muy sencillos, completaban el muebla-

je de aquel delicioso aposentillo, nido de una existencia triste y trabajosa, pero tranquila y pura.

—Siéntese Vd., me dijo Amelia despues que su criada hubo colocado sobre un pequeño costurero maqueado una lámpara de cristal blanco, cuya dulce y viva luz conocia yo tan bien; siéntese que ahora mismo vuelvo.

Y volviéndose á su criada, añadió:

—Petra, luz á mi tocador.

Agradecí á la suerte el quedar solo algunos instantes: no sabia lo que pasaba por mí: me hallaba dentro de aquella linda habitacion, la contemplaba, la admiraba y me parecia soñar; poco á poco, la especie de niebla que oscurecia mis ideas, se fué disipando, y una gran alegría se apoderó de mí.

—¡Estoy en su casa! me dije; ¡y es ella quien me ha exigido que entrase aquí! ¡Oh felicidad sin límites!

Mas al primer rumor de los pasos de Amelia, al oír el roce de su vestido, mi loca alegría se apagó como una luz que se sumerje en el agua, y un temor pueril, pero en extremo doloroso, se apoderó de mí.

Ella entró con su paso ligero y gracioso; se habia quitado el velo que cubria su cabeza en la calle, y sus doradas y ricas trenzas lucian su admirrble belleza, formándola un tocado natural y encantador.

Sentóse en la misma silla pequeña que la servia para hacer labor al lado de los cristales, y que colocó enfrente de mí, y cruzando las manos sobre las rodillas con un ademan infantil que le era natural, me dijo sin enojo y sin afectacion:

—Vd. debe tener alguna cosa que comunicarme; ¿no es verdad, señor de Riosanto?

—No... no señora! respondí todo confuso; pues en ciertas ocasiones el hábito del libertinaje solo sirve para aumentar la cortedad.

—¿No tiene Vd. nada que decirme?

—¡No por cierto!

—Como le hallo siempre que salgo, lo habia creído así, y queria aliviar á Vd. de esa molestia.

—¡Ah, señorita! exclamé; ¡qué crueldad!

—Señora, repuso gravemente. Soy casada, caballero, y Vd. lo sabe ya.

—¡Es que no quisiera, es que no puedo pensar en que Vd. tenga dueño!

—¿Por qué?

—¡Por que la amo!

—¿Es eso lo que tenia que decirme?

—No... no es eso, porque Vd. lo sabe ya.

—Lo ignoraba, y si lo supiera procuraria olvidarlo: esté Vd. seguro de eso.

—¿Tanto le ofende mi amor?

—Sí, caballero; ya le he dicho que soy casada.

—¿Y sino lo fuera?

—No sé lo que pensaria entonces.

Yo guardé algunos instantes de silencio; aquella dura contestacion me habia ofendido; no obstante hallaba en Amelia una magia tan poderosa, la tenia para mi hasta tal punto aquella linda habitacion, perfumada y fresca, que no podia dar á conocer mi resentimiento.

Amelia fué la primera que rompió el silencio; miróme con aquella dulzura penetrante y triste que sabia emplear, y me dijo:

—Escúcheme Vd., señor de Riosanto: si fuera Vd. un desconocido, le hubiera significado desde luego mi desagrado por la persecucion á que me sujeta; pero es Vd. sobrino de mi respectable amiga la señora de Romagosa, y le considero una persona digna y estimable: por tanto le suplico que me diga francamente qué esperanzas tiene acerca de mí, qué desea ó á qué aspira.

—No tengo ninguna esperanza de que usted me ame, le respondí; no deseo sino que me permita verla y amarla; no aspiro sino á lo mismo que deseo.

—Pues bien, amigo mio, dijo Amelia; preciso es que yo le hable con franqueza: su amor de Vd. me ha hecho ya sufrir horas muy amargas, y estoy segura de que me ocasionará muchos disgustos. Estoy sola... sola sobre la tierra!...—y aquí la voz de la jóven se llenó de lágrimas.—Estoy sola, prosiguió; no tengo padres, ni hermanos, ni esposo, ni hijos, ni

siquiera amigos; todos los hombres que se me acercan me hablan como Vd... ¿no es cosa bien triste que no pueda yo hallar sobre la tierra un afecto leal y protector?

—¿Y puedo yo evitar el amar á Vd.?

—Sí, repuso ella; lo que le atrae á Vd., como á los demás, es mi absoluta soledad, mi completo aislamiento... aunque no muy hermosa y envidiable conquista, soy una presa fácil y decente á la par... ¡oh esto es horrible!

Algunas lágrimas cayeron de sus ojos; yo no tuve el valor de negarle la intensidad de mi pasion: ¡ay! ¡era demasiado verdadera!

—Déme Vd. al olvido, prosiguió, enjugando sus ojos con una especie de fiereza.

—¡Imposible! contesté.

Volvió á guardar silencio: despues de algunos instantes, que fueron para mi siglos de angustia, levantó la cabeza y me dijo otra vez:

—Olvideme Vd... ó le aborreceré; ahora salga Vd. de mi casa!

—¡Qué escucho! exclamé; ¿me despide Vd. de su lado?

—Sí señor, respondió ella, le despido: si se obstina en mortificarme, peor para Vd.: no tengo un padre, un hermano ó un marido que le arroje á la fuerza de mi lado; pero ya le he dicho que le aborreceré.

—¡Oh no! exclamé juntando las manos y con el corazon lleno de angustia: yo veré á Vd. so-

lo cuando me lo permita... la veré una vez cada mes, cada dos, cuando Vd. quiera... pero no me prive de la dicha de verla, de hablarla, de oirla...

—Está bien, dijo la jóven; me verá Vd., pero no en la calle, no siguiéndome y siendo mi espía, sino aquí, como uno de mis pocos amigos, como el mejor de ellos, como un hombre grave y digno que respetará á la mujer, no solo por su condicion de tal, sino por estar sola, desvalida y desamparada.

—¡Oh! exclamé yo con trasporte: ¡oh Amelia! ¿me estimará Vd. lo bastante para considerarme así?

—¿Por qué no? sea Vd. digno de mi estimacion, y yo no se la retiraré jamás: acaso, continuó con una dulce sonrisa, acaso yo tambien pueda evitarle algun daño: dicen que hay algunas existencias muy tristes, que se deslizan en medio del libertinaje y del escándalo; dicen que muchos hombres viven en ellas... dicen, concluyó con el rubor en la frente, que Vd. ha vivido así... ¿Quién sabe si la pura atmósfera en que yo vivo, en que yo quiero vivir siempre, disgustará á Vd. de esos miasmas corrompidos? ¿Quién sabe si á mi lado, sentirá nacer dentro de sí mismo la aficion al trabajo, ese augusto y fiel amigo del hombre honrado, digno y activo?

Yo besé su mano sin decir palabra; tal era el exceso de mi enternecimiento, que no salia

una siquiera de mis labios: ella prosiguió diciendo con su dulce voz y su acento persuasivo:

—Yo, amigo mio, nada sé del mundo; me casé, niña aún, con un hombre á quien amaba con esa primera pasion, mezcla admirable de inocencia y de ardor, de abnegacion y de exclusivismo, de candidez y de terquedad: lo que me ha sucedido es lo que sucede á muchas otras mujeres, y mi infortunio, lejos de ser romántico y extraño, es, por desgracia, muy comun en los anales del matrimonio.

Mi marido se cansó de mí; se enamoró de otra mujer que me era muy inferior, y la trajo al domicilio conyugal, saliendo yo entonces de él para no volver jamás: quedé pobre, porque, al salir, renunciaba á todo: yo, al casarme, nada poseía; y hoy tengo que vivir sola y únicamente de mi trabajo. Curado mi corazon del amargo desengaño que ha sufrido, muy facil seria que yo volviese á amar... lo necesito, porque esta soledad del corazon es agobiadora; pero antes moriré que faltar á mi deber: no me haga Vd., pues, más desgraciada aún de lo que soy... no atente contra mi tranquilidad, y déjeme hacer sola mi camino: mucha falta me hace un apoyo; pero no puedo, ni quiero, ni debo admitirlo.

—Yo seré desde hoy su amigo, su hermano de Vd., le dije con enternecimiento, y Vd. será mi ángel guardian en la carrera de la vida; por

merecer su estimacion, no habrá sacrificio ante el que yo retroceda; y las horas que me permita pasar á su lado, serán las más dichosas y las más bellas de mi vida.

—Está bien, dijo ella: y ¿será Vd. bueno?

—Sí por cierto.

—¿Dejará Vd. de jugar?

—Si alguna vez me asaltase ese deseo, bastaría con que me acordase de Vd.

—Cuando pase Vd. por alguna casa de juego, y el ruido fatal del oro le llame... venga á verme á mí.

Hice con la cabeza una señal, mitad de adoracion, mitad de mudo asentimiento.

Habia en aquella criatura algo tan atrayente, tan grande, tan noble, tan hermoso, que no habia visto nunca nada que se la asemejase: su voz me parecia tan melodiosa como la de un ángel; habia en su dulce rostro una mezcla de candor y de inteligencia, de dulzura y de sentimiento, que arrebatava; en su presencia se sentia uno regenerado, puro, limpio y hondamente avergonzado de sus errores; se deseaba al verla, al oirla, no haber pisado jamás los lodazales del mundo; su casa, su persona, sus modales, todo tenia cierta gracia penetrante, extraña y poderosa; cierta magia que dominaba, y de la que era completamente imposible defenderse.

Aquella criatura no podia tener amigos; cuantos la tratasen, tenian que ser apasionados

admiradores suyos: y si sentian, apasionados idólatras de su puro y generoso sér y de su amable virtud.

Cuanto me habia dicho, que era sublime, lo habia pronunciado con tan gran naturalidad, como otras mujeres hablan de cosas frívolas y vulgares: no parecia incómoda en manera alguna con mi presencia; y sus grandes y bellos ojos azules, que, por una inflexion natural de la mirada, se elevaban muchas veces al cielo, permanecian limpidos y puros como la superficie de un tranquilo lago.

—¿Qué dias podré ver á Vd., amiga mia? pregunté temiendo molestarla con más larga visita, pues el reloj señalaba las nueve y media de la noche.

—Dos á la semana, me respondió; por ejemplo, martes y sábados.

—¿A qué hora?

—A la misma de hoy: de dia estoy muy ocupada; y ahora mismo me voy á poner á trabajar hasta las doce.

—¡A trabajar! exclamé dolorosamente.

—Sí, respondió Amelia; hasta las doce: el trabajo es á la vez mi mejor amigo y mi gran recurso: por la noche coso mis vestidos desde que mis recursos no alcanzan para pagar una modista inteligente.

—Hasta el martes, pues, le dije levantándome.

—¿Ha olvidado Vd. que hoy es lunes? me preguntó ella riéndose.

—No me acordaba; ó, mejor dicho, no lo sabía: solo vivo desde que me ha permitido que sea algo en su vida: mas, porque sea hoy lunes, ¿he de esperar hasta el sábado para volver á verla?

—No, hasta mañana, repuso ella con su adorable sencillez; y añadió alargándome su mano infantil:

—¿Queda hecho el pacto?

—¡Invariable!

—¿Seremos amigos?

—¡Hasta la muerte!

—¡No!... ¡hasta más allá! dijo ella alzando al cielo sus dulces ojos: hay afectos que van más allá de la tumba: si Vd. es bueno; si esa criminal afición que me tiene se convierte en un amor noble y puro, mi sombra estará siempre al lado de Vd., porque yo moriré pronto, y mi alma le esperará en el umbral de la mansion donde la luz es eterna, el amor inmortal, y la felicidad sin fin.

Yo estreché contra mi corazón aquella pequeña mano, y salí sin poder pronunciar una palabra: estaba ébrio de felicidad, pero de una felicidad que en nada se parecía á la que antes habia disfrutado.

¿Qué tenia de comun aquel celeste arrobamiento con la dicha que me proporcionaban los

goces viles en que hasta entonces se habia deslizado mi vida?

¿Qué habia de semejante entre las sensaciones divinas que acababa de experimentar, y las groseras que antes habia experimentado?

El mundo era á mis ojos pequeño para contener mi dicha: aquel puro afecto con que la suerte me brindaba, era superior á todos mis amores pasados y presentes.

Me decidí á romper con todas mis amigas y á ocultar como un tesoro á los ojos de los que se nombraban mis amigos la felicidad que sentia.

Ni pensé siquiera en ir á ninguno de los sitios donde antes pasaba las noches: crucé las calles y entré en mi casa.

Me encerré en mi cuarto y abrí el balcon, contemplando la luz que salia por los cristales del de Amelia, con una suerte de arrobamiento, de éxtasis delicioso.

Pero un instante despues pensé en que, no solo podia mirar su luz, sino á ella tambien, subiendo á la bohardilla de la vecina, y fué lo que hice apresuradamente.

Una sospecha dolorosa atravesó como un dardo mi corazón.

¿Saldria Amelia?

¿Recibiria á alguno?

No podia creer que se pusiese á trabajar á aquella hora segun habia dicho.

Mas apenas me acerqué á la estrecha ventana del cuartito de Tecla, me avergoncé de mis sospechas.

Amelia se hallaba sentada ante su velador, y cosía.

Habia cambiado su traje de calle por otro elegantísimo de forma princesa á rayas blancas y negras.

Noté en su frente una tranquilidad dulce, muy distante de las negras nubes que antes la envolvían.

En sus lábios vagaba una sonrisa de felicidad, y sus inclinados párpados daban á su dulce rostro una expresion de serenidad adorable.

Acaso era la seguridad de mi afecto lo que habia calmado la dolorosa tempestad de su alma.

Al pensar esto, caí de rodillas, y mi alma se elevó al cielo en una plegaria muda.

Ya habia cerrado la jóven las maderas de su balcon y aún permanecia yo postrado y en adoracion ante su imágen, fija en mi memoria.

X.

Desde aquel dia, una pura y serena amistad nació hácia mí en el alma de Amelia: tal á lo ménos me lo parecia, y tal llamaba yo tambien

al sentimiento irresistible que hácia ella me conducía.

Yo no me conocia; y de aquella época feliz, y la más bella de mi vida, data mi completa regeneracion moral; todos los desórdenes que antes me habian arrastrado me causaban un invencible horror; las mujeres de vida alegre en cuya compañía constante habia vivido, y que iban ya convirtiendo mi buena educacion en un trato vulgar y casi grosero, se me hicieron insoportables; el juego me repugnaba; la pura atmósfera en que vivía no se parecia en nada á aquella en que antes habia vegetado. Amelia derramaba en torno suyo como una aureola de luz plácida, dulce y consoladora.

—¿Qué se hace Vd. el dia que no viene á verme por la noche? me preguntó en una ocasion.

—Me voy al teatro, le respondí.

—¿Y despues?

—A un café, donde paso hasta las dos ó las tres de la mañana.

—¿No trabaja Vd. nada?

—Por la tarde un rato.

—¿Cuántas horas?

—De dos á tres.

—De modo, dijo Amelia con aquella triste sonrisa que era su más violenta acusacion; de modo que, en las vinticuatro horas de que consta el dia y la noche... trabaja Vd. *dos ó tres* horas solamente?